

## Manuel del Pozo, el maestro autodidacta de la madera y del helado

Ebanista, heladero y tabernero, dejó un ejemplo de laboriosidad, de calidad artística, de innovación y de dinamismo comercial

José Luis Blasco

Como muchos otros trabajadores de distintos lugares, no solo de la comarca de Los Pedroches, sino del resto de España, Francisco del Pozo Balsera vino a Villanueva del Duque desde su Castuera natal (Badajoz), atraído por la vitalidad económica que generaba la industria minera, a montar un taller de carpintería en el primer cuarto del pasado siglo XX. El pueblo gozaba de gran prosperidad gracias a la actividad desarrollada en el complejo minero de El Soldado y Las Morras, de cuyos pozos la Sociedad



Francisco del Pozo, su mujer, Julia, la tía Fidela, la tía Carmen, María de Guía, Carmen (prima de Manuel), Manuel y en primera fila su hija Susi montada en la Vespa de madera que le construyó.

Mínera y Metalúrgica de Peñarroya extraía galena argentífera. Villanueva del Duque vivía su época de mayor esplendor y figuraba en los mapas de España. En Los pueblos de Córdoba, colección enciclopédica editada por el diario Córdoba y la Obra Cultural de la Caja Provincial de Ahorros de Córdoba en el año 1993, se facilita una estadística de la evolución de la población en los 75 municipios cordobeses. Según esta estadística, Villanueva del Duque contaba con 7.504 habitantes en el censo del año 1920 y con 6.889 vecinos diez años más tarde, en 1930. Francisco del Pozo Balsera abrió un taller de carpintería en la calle Ronda Ejido. La carpintería ocupaba una dependencia de la casa familiar, en el número 37 actual de la calle -en ella vive ahora su nieta María de Guía y su familia-. Francisco contrajo matrimonio con Julia Díaz Mellado, natural de Hinojosa del Duque. El día 28 de febrero de 1926 nacía el primer hijo del matrimonio, Manuel, el protagonista de esta semblanza. El matrimonio tuvo otros tres hijos más: Carmen, José y María de Guía.

Manuel del Pozo Díaz se familiarizó desde temprana edad con la carpintería, en la que acompañaba a su padre no solo para ocupar los tiempos libres que le permitían su dedicación al estudio en la escuela de don Antonio Rodríguez El Manco y sus ratos de juegos, sino por la curiosidad que tuvo por aprender el oficio de su progenitor. Pero sus sueños de aprender del padre y superarse con la formación autodidacta que caracterizó su vida profesional se verían frustrados temporalmente por el estallido de la guerra civil en 1936. La guerra obligó a la familia a buscar refugio en la zona franquista, en concreto en Belmez. No fueron buenos años para la familia, no solo por la guerra. Su hermano José falleció al estallarle un artefacto explosivo mientras jugaba





en la calle. En otro accidente Manuel sufrió una fractura de codo abierta, que no pudieron tratarle adecuadamente con medicamentos ante la escasez que produjo el conflicto armado civil, y de la que se recuperó milagrosamente.

Terminada la guerra, la familia regresó a Villanueva. Manuel comenzó a trabajar en el taller de carpintería. Aprendió de su padre, un carpintero fino, a la vez que fue adquiriendo más formación de manera autodidacta. Tenía unas excelentes condiciones para dibujar y unas insuperables ganas de ser un excepcional ebanista, condición que alcanzaría entre las otras actividades profesionales que desarrolló a lo largo de su vida. De las hábiles manos de Manuel del Pozo salió el sepulcro del Santo Entierro que procesiona cada Viernes Santo por las calles de Villanueva, y el púlpito que existió en la parroquia de San Mateo hasta los años setenta del pasado siglo, una auténtica joya de artesanía en madera que, incomprensiblemente, fue reconvertido en bancos de iglesia.

Manuel del Pozo formó una familia junto a Felicidad Moreno Rudilla, con la que se casó el 12 de noviembre de 1953. Felicidad también era hija de la migración. Sus padres vinieron desde Azuaga (Badajoz) a vivir a Villanueva, donde su padre trabajó como geómetra de minas. Manuel y Felicidad tuvieron dos hijas, Susi, enfermera en el hospital Reina Sofía desde 1977 hasta su jubilación en 2019, y María de Guía, destacada y reconocida ganadera de Los Pedroches.

El Cronista del Valle, semanario de información comarcal de Los Pedroches, publicaba en su número del 10 de mayo de 1958 una información en la que daba cuenta de un invento para realizar con gran precisión columnas salomónicas de madera para embellecimiento de muebles y para balaustradas y pasamanos de escaleras. El padre del invento era Manuel del Pozo, cuya capacidad para innovar quedará fuera de duda por esta máquina ideada para tallar la madera y otras ideas geniales que aplicó en la fabricación y conservación de helado, como se mencionará más adelante. Detallaba El Cronista del Valle que “la construcción de las referidas columnas, que se utilizan generalmente en los muebles de estilo salomónico y barroco y en balaustradas, requería la inversión de un tiempo que repercutía sensiblemente en el precio del mueble, encareciéndolo, de un modo que lo hacía inaccesible a las modestas economías”. Manuel pensó en la posibilidad de realizar este tipo



Manuel (segundo por la izquierda) en el kiosco de helados que instalaba para las fiestas en la calle Generales Carvajal.

de trabajos por un medio mecánico, en lugar de manualmente, “que le ahorrara trabajo y tiempo, puso su idea en práctica y nació el dispositivo, que posteriormente ha perfeccionado, y con el cual nos asegura que en breve espacio de tiempo realiza con absoluta perfección el vaciado de las citadas columnas, verificando en pocas horas el trabajo que anteriormente a mano requería buen número de días”. Manuel proyectaba patentar el dispositivo, pero no encontró dinero ni socio que lo hiciera posible.

Manuel del Pozo alcanzó la plenitud profesional como ebanista y el reconocimiento a la calidad de su trabajo artesanal en Córdoba, a donde se trasladó con su familia en 1977, año en que su hija mayor, Susi, consiguió plaza de enfermería en el hospital Reina Sofía. En Córdoba, Manuel se asoció con un compañero de trabajo que tuvo en la mina de El Rosalejo, donde durante años había trabajado como carpintero, y con otra persona que aportó al grupo las instalaciones donde situaron el taller de carpintería. Realizó trabajos artísticos para familias acaudalas y se hizo con un nombre de referencia. Este crédito le valió, por ejemplo, para que la Fundación Roger Garaudy le encargara el trabajo de restauración de la carpintería de su sede, situada en la Torre de la Calahorra. La fundación fue creada por



Ejemplo de la calidad artística de Manuel del Pozo como ebanista: el púlpito de la parroquia de San Mateo que, incomprensiblemente, fue convertido en bancos de la iglesia.

el político y filósofo francés Roger Garaudy quien, enamorado de la ciudad, impulsó en Córdoba el proyecto del Museo de las Tres Culturas de la Torre de la Calahorra y la Biblioteca Viva de Al-Ándalus. La Fundación Roger Garaudy fue creada en 1987 dedicada a propugnar la convivencia entre todas las culturas. En el año 2010, la institución cambió su nombre por el de Fundación Paradigma Córdoba. Roger Garaudy falleció en el año 2012.

### ARTESANO HELADERO Y TABERNERO

El declive de la actividad minera en Villanueva, paulatina pero irrefrenable desde los años cincuenta del pasado siglo, y la falta de mercado para el tipo de trabajo artístico en madera que realizaba, obligaron a Manuel a trabajar como carpintero en la mina de El Rosalejo y a buscar ingresos desarrollando otro tipo de negocios. Su carácter innovador y su entusiasmo autodidacta le llevó en el año 1954 a la fabricación de helado. Sus hijas no recuerdan que en sus inicios como artesano heladero recibiera formación por parte de algún maestro, aunque es posible que los primeros pasos los diera con la orientación de alguno. Susi y María de Guía sí recuerdan que para la elaboración de la granizada su padre se servía de los conocimientos de su vecino Kiko Murillo. “Cuando se ponían con los jarabes a elaborar la granizada



Manuel en su taller de ebanistería en Córdoba en los años 80 del pasado siglo.

parecían brujos haciendo alguna pócima”, recuerda riéndose Susi. Kiko Murillo entendía sobre jarabes, tenía la experiencia de trabajar con ellos por su época de fabricante de gaseosa con su socio, el practicante Fulgencio Benítez. La gaseosa la comercializaron con la marca Fulfran -las iniciales de ambos- y la distribuyeron por los pueblos de la comarca. Por lo demás, poca instrucción debió hacerle falta a Manuel, porque montó la heladería en una dependencia de la casa que la familia aún conserva en la actual calle Ayozo -en el número 9 concretamente-, con maquinaria que él desarrolló. Además de la máquina de elaboración del helado, Manuel diseñó y fabricó los moldes de los polos utilizando primero la madera para luego hacer la pieza de chapa galvanizada en la que dar forma al helado. También en madera realizó un kiosco y un carrito para la venta callejera de sus productos.

Con o sin maestro, la calidad que Manuel consiguió darle a sus polos, helado y granizada no



Fábrica y puesto de venta de helado, en la casa familiar de la carretera, en el número 9 de la actual calle Ayozo.







Gran amante del fútbol, formó parte del equipo del pueblo. En esta foto aparece en el centro junto a parte de los compañeros del equipo.

admitía discusión y, desde el primer momento, el carrito que recorría las calles de Villanueva en verano se convirtió en una referencia necesaria para combatir el tostón de las tardes de siesta. Recuerdo a José Benítez y a Antonio Noguera manejando el puesto ambulante de helado en las tardes de verano de los años 70 del pasado siglo. Hasta para la fórmula de comercialización de su helado fue un innovador Manuel: estamos ante un precedente de los actuales servicios de comida y otros productos de consumo a domicilio. El invento del carrito fue un éxito, a pesar de las dificultades por la mala pavimentación que presentaban las calles del pueblo para mover el vehículo cargado, según recuerda Antonio Noguera. José Benítez, un cuervo inquieto, rememora ahora no sólo su trabajo al frente del carrito, sino sus expediciones por las calles con una garrafa de acero inoxidable, forrada de corcho, protegida por hielo y cargada de polos: “Hay polos, politos, a dos realitos”. También fue un éxito el kiosco que instalaba en la calle Generales Carvajal, a continuación del



Manuel atendiendo a clientes de su bar.

espacio que ocupa el bar El Pastor en la actualidad. Tanto la caja de frío del carrito como el mueble de conservación del kiosco fueron realizados por Manuel. Los cajones estaban hechos de madera forrada de corcho, con una caja de chapa galvanizada en la parte interior; entre la chapa y el corcho había un espacio que se llenaba de hielo para conseguir la conservación del helado. El invento garantizaba que polos (de naranja, limón, fresa, leche), helados de crema en cucurucho y al corte (de nata, vainilla, turrón, chocolate, fresa y mixtos), bombones helados (los populares pingüinos de nata y chocolate) y granizada (de limón) llegaban al público en su punto preciso de congelación. Manuel del Pozo mantuvo su actividad como artesano heladero hasta su marcha a Córdoba en 1977. Helados y polos salidos de su fábrica de la carretera se vendieron también durante décadas en los comercios de Villanueva, Alcaracejos y Fuente la Lancha.

En 1970, Manuel del Pozo culminó su currículum profesional con la apertura de un bar en la esquina que separa las calles Virgen de Guía y Generales Carvajal. Cuando se marchó a Córdoba traspasó el establecimiento a Francisco Caballero. Manuel añadía con la apertura del bar una característica más a su perfil profesional, la de trabajador incansable: carpintero de día, heladero de tarde y tabernero de noche, incluidos los sábados y domingos. Manuel del Pozo Díaz falleció en Córdoba el 28 de septiembre de 1988 tras sufrir un infarto. Dejó un ejemplo de laboriosidad, de calidad artística, de innovación y de dinamismo comercial.



Manuel, sonriente, atendiendo el carrito que hizo para la venta ambulante de helado.